Lo judío en España y Europa hoy

Adolfo García Ortega

1

Miles de españoles son de origen judío. Quizá yo también. No se puede hablar de los judíos españoles —los sefardíes— sin hacer una referencia obligada a los Reyes Católicos y a 1492. La expulsión de los judíos de España fue un hecho grave. Con consecuencias: el pensamiento español se vio afectado, su historia se vio afectada.

¿Qué consecuencias tuvo para España? Fue una pérdida absoluta de inteligencia, lengua, literatura, tolerancia y creatividad. Fue el dominio de la Iglesia católica y de su influencia política y social. Fue perder todo lo que después los judíos han aportado a Europa a lo largo de los siglos siguientes, hasta el punto de ser la base identitaria de lo europeo. Es una paradoja que terminó en el Holocausto.

¿Qué consecuencias tuvo para los sefardís? Fue un desarraigo que ha durado hasta hoy. Fue una orfandad. Los exiliados se llevaron consigo su lengua (el ladino) y su espiritualidad (la Cábala), y también una infinita nostalgia por su patria, Sefarad. Desde entonces, sefardíes y españoles crearon durante más de 400 años una imagen del otro llena de prejuicios y de clichés que todavía duran en el imaginario social y cultural de cada pueblo. Han predominado siempre los clichés que se forjaron inamovibles desde la Expulsión hasta el siglo XX: unos clichés negativos, peyorativos, caracterizados por la avaricia, la usura, el odio hacia los cristianos, la mentira, el engaño y otras cosas tan absurdas como rituales satánicos y brujería.

Hoy en día los sefardís están en muchos países, y también en Israel. No todos los sefardís son hispano-sefardís. No todos suspiran por regresar a Sefarad. Pero todos forman parte de una rama judía que empezó en España, que fue arrancada de España y que dejó malherida a España para siempre. ¿Cuándo vuelven a España los sefardís? La reconstrucción de la cultura sefardí en España comenzó a principios del siglo XX. La persona clave fue un hombre llamado Ángel Pulido, médico y político español que viajó por los Balcanes, Grecia y Turquía y conoció a empresarios que se denominaban «españoles de Oriente» y que hablaban constantemente de un sueño, el «retorno a Sefarad» como un objetivo que algún día se haría realidad. Se estimó que había en el mundo 2 millones de sefardíes. Ángel Pulido, con

su libro Españoles sin patria y con sus discursos políticos —era senador—, creo una corriente de opinión que acercó a los sefardís a España otra vez. En 1924, después de la descomposición del Imperio Otomano, el gobierno militar de Primo de Rivera promulgó un decreto para otorgar la nacionalidad española a los —cito textualmente— «antiguos protegidos españoles o a sus descendientes». Los sefardíes eran «protegidos españoles» —este término es clave de la recuperación— que vivían en Grecia y Egipto en esa época. Sin embargo, muy pocos judíos volvieron de esos países. España no era una buena opción en 1924. La mayoría de los sefardís que se consideraban españoles vivía en el norte de Marruecos, que era Protectorado Español. Eran unos 25.000 judíos y suspiraban por volver a España. Pero no nos engañemos: para España la cuestión del reconocimiento de los sefardís exiliados no era un asunto de justicia histórica. Era un asunto de expansión colonial. España quería influir en África y en los Balcanes por razones coloniales. En esto, fracasó, porque no formaba parte de las potencias que decidían el futuro del mundo. Ni lo ha sido nunca.

El franquismo nos hundió en la oscuridad de la Historia. Pero paradójicamente, la diplomacia del gobierno de Franco —Sanz Briz es el diplomático más conocido—, entre 1943 y 1944, salvó a miles de judíos por considerarlos antes españoles que judíos, es decir, por un rancio sentido patriótico —con retraso, evidentemente—. Fueron unos miles los judíos que pasaron por España camino de la libertad. Sin embargo, hemos de recordar que en los campos de exterminio nazis murieron 160.000 sefardíes.

Los sefardíes que hay hoy en España —conviviendo con askenazis, estos en mucho menor número— se establecieron a finales de los años 60, concretamente con el exilio diaspórico del norte de África causado por el panarabismo del visionario egipcio Nasser y por la Guerra de los Seis Días en Israel. Esa guerra supuso una nueva diáspora de un millón y medio de judíos en todos los países árabes.

Hay que considerar tres hitos en la regularización de las relaciones de los hispano-sefardís con España: 1) En 1992 se cumplió el Quinto Centenario de la Expulsión. Con ese motivo, el Estado, representado por el Rey Juan Carlos, reconoció oficialmente el error histórico que fue la expulsión y consideró oficialmente a los sefardís como españoles. El acto fue celebrado en una sinagoga de Madrid. 2) En 2006, se fundó la Casa Sefarad-Israel, centro cultural fundamental para divulgar el patrimonio sefardí como parte del patrimonio español y universal. 3) En 2007, el Yad Vashem, el museo del Holocausto ubicado en Jerusalén fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia.

Por fortuna, en España ya está normalizada la convivencia con los judíos sefardís. Están plenamente integrados en la sociedad y en la cultura española. Forman una comunidad discreta e invisible, quizá demasiado. Pero son de nuevo parte de la cultura y de la economía española. La tolerancia democrática es la base de la convivencia entre religiones. Los sefardís, además, aportan una riqueza espiritual y material a la historia actual de España. Sin embargo, vuelven los oscuros nubarrones de la tempestad. En Europa vuelven a crecer las sombras del antisemitismo, en paralelo a las sombras de la islamofobia.

2

Es muy preocupante el crecimiento de los dos delitos de odio más comunes en la Europa de hoy: la islamofobia y el antisemitismo. La primera guarda relación con una mala interpretación de la emigración, con los refugiados y con el yihadismo. La segunda, tiene dos orígenes: el antisemitismo histórico, y el nuevo, que es básicamente anti-israelismo. En Francia —y en países como Polonia, Hungría, por no decir en Ucrania o en Rusia, que son Europa, aunque no Unión Europea— los casos de antisemitismo han cobrado tintes dramáticos: recordemos los casos de Charlie Hebdo, sinagogas, ancianos y jóvenes torturados…

El problema de los dos odios tiene, pese a todo, una curiosa, subterránea y preocupante relación implícita. El antisemitismo de hoy guarda relación con el antisemitismo islámico, que, en tanto antiisraelí, está impregnando otra vez las sociedades europeas, aunque no de un modo invasivo aún. Y la paradoja es esta: se tiene, a su vez, un temor a caer en la islamofobia si no se adopta una clara postura antiisraelí, la cual, aunque se viste de anti-sionismo, es, una vez más, el mismo viejo antisemitismo histórico.

El problema, a la larga, es cuestión de tiempo: ¿los musulmanes —debido a la islamofobia— correrán suertes parecidas a los judíos, en Europa? ¿O, por el hecho de ser muchos más y en número creciente, acabarán imponiendo una europafobia, por así decir, que sea una bomba de relojería dentro de la propia UE? Este es el argumento de los nacionalismos xenófobos y supremacistas que vuelven a surgir. Pero que son, curiosamente, socios de los musulmanes en materia de anti-judaísmo.

El antisemitismo, por tanto, es un fantasma que vuelve a nuestro imaginario colectivo. Y como todos los fantasmas, sorprende porque se le creía eliminado de nuestra historia y de nuestros prejuicios. Su reaparición, y

con gran fuerza, lleva a pensar que quizá nunca se había ido del todo, que no era un fantasma sino una presencia real camuflada de silencio, disfrazada de olvido. El antisemitismo islámico proclama el odio y la aniquilación de todos los judíos, en Israel o en la diáspora. Se ha convertido, por ello, en anti-judaísmo, directa, sencilla y brutalmente.

Los barrios de las grandes capitales, como París, Berlín, Londres, donde las doctrinas islámicas han ido calando en las poblaciones musulmanas de segunda y tercera generación que van asentándose y multiplicándose cada vez más, son los receptores del anti-judaísmo. Mi opinión es que el viejo anti-judaísmo musulmán saca del pasado el inveterado anti-judaísmo europeo, agotado y residual en sus formas de neonazismo o ultraderechismo, y lo eleva a otro estrato de la sociedad que ya no es residual ni de ultraderecha, sino que es precisamente mayoritario y socializante.

Hasta ahora, los antijudíos europeos formaban parte de una minoría nostálgica del nazismo, xenófoba y nacionalista por naturaleza. Una minoría que siempre se creyó su propio relato sobre la existencia de un siniestro plan trazado por los judíos (como pueblo destructivo) para hacer el mal y extenderlo, gracias a su riqueza y a su poder. Otra vez el mito ridículo de «los protocolos de los sabios de Sion» que se inventaron los zares rusos vuelve a ser considerado. Es el mismo discurso que se oyó a los nazis alemanes, a los antisemitas ingleses, a los antisemitas soviéticos y polacos y a los pronazis franceses; es el discurso de la confabulación judeomasónica de la España ultracatólica de Franco; es el argumento solapado del negacionismo del Holocausto que, en los tiempos actuales de la posverdad —o falsa verdad que se consolida como verdad— está ganando terreno a la cordura. Pues bien, este discurso añejo, inconcebible para muchos bien pensantes y ciudadanos normales de Europa, personas moderadas y en verdad sensatas, este discurso, que estaba en un letargo cercano a la desaparición, no solo no ha muerto, sino que ha sido despertado de su letargo, de alguna manera, por el anti-judaísmo islámico que, magnificado por la toxicidad del nacionalismo populista en varios países de Europa, está avanzando a marchas forzadas.

El anti-israelismo ha surgido como una nueva metamorfosis de ese discurso europeo antijudío. Se evidencia cuando, en algunas encuestas periódicas de los últimos diez años, más de un 60% de los europeos señalaban a Israel como el país que, hoy en día, amenaza la estabilidad mundial. ¡Más que Al-Qaeda, el ISIS, Corea del Norte, Pakistán, Putin y Erdogan juntos! El escritor belga de origen alemán Jean Améry, que sobrevivió a los campos de exterminio, escribió en su libro Mas allá de la culpa y la expiación: «No se puede excluir la posibilidad de otro exterminio masivo de los judíos». Nada acaba nunca, todo siempre es susceptible de empezar otra vez y

repetirse. La repetición y el olvido son rasgos humanos tan políticos como crueles. Entre la izquierda y entre la derecha se extiende un anti-judaísmo que, al igual que sucedía en los años 60 y 70, vuelve a tener como justificación el antisionismo. Mucha gente dice con orgullo intelectual: «Yo no soy antisemita, soy antisionista», lo que le da una especie de eximente de culpa.

3

¿Cuál es el papel de Israel en todo esto? Es indudable que, a partir de la Segunda Intifada palestina, el largo e intrincado conflicto israelo-palestino justifica, anima y renueva el antisemitismo europeo. El pensador francés Edgar Morin ha dicho que el anti-judaísmo es la expresión del anti-israelismo que provoca el rechazo a la política de contención represiva de los gobiernos israelíes desde Sharon. Tiene razón, pero yo creo que es desde 1967, cuando la causa palestina —de corte nacionalista entonces— pase de ser un problema colonial a ser, con Arafat a la cabeza, una causa tercermundista. La izquierda, entonces, se vuelve antiisraelí, algo que hasta entonces no era.

El odio contra Israel, base del anti-judaísmo islámico, se ha extendido al odio contra el judío en general en Europa. Y en esto, hoy Israel juega un papel confuso: no ayudan sus políticas, ya que Netanyahu es tan peligroso como Trump o más, si cabe, porque no es un político extremadamente populista como el presidente norteamericano, sino un político claramente xenófobo.

En todos los noticiarios del mundo se ven imágenes, una y otra vez, de la represión ejercida por el gobierno israelí en Gaza y Cisjordania, de tanques contra piedras, de muchachos tirando cohetes considerados «caseros», de muchachos muertos, de casas derribadas, de suicidas que se dicen mártires y que se van a inmolar después de desfilar con sus cinturones de explosivos, de suicidas que son niños. Es un discurso demoledor, irresistible, para cualquier psicología sensibilizada.

En Oriente Próximo, parece lógico pensar que lo verdaderamente positivo para Israel es la creación de un Estado palestino. Hay voces muy sensatas —Oz, Grossman, Yehoshua— que creen que, ante los problemas de varia índole que acucian a Israel y a sus poblaciones (economía, ansiedad por el futuro, creciente inmigración ilegal, ceguera de los grupos religiosos, asentamientos ilegales, etc.), la creación de ese Estado supondría una vía para solucionar muchos de esos asuntos. ¿Supone la creación del Estado palestino un muro contra el antisemitismo? Creo que sí, contribuiría en

mucho a aquietar las agitadas aguas. Pero me temo que esto, hoy, está en una vía muerta, con Trump/Netanyahu como pareja de baile; y con la evolución de la guerra en Siria, que es el acontecimiento de geopolítica más transcendental de los últimos cinco años y el que está cambiando el papel de las potencias mundiales.

La clave de todo, desde la perspectiva judía, es solo una. Y tan sencilla como bíblica: la seguridad. La seguridad de garantizarse ver la luz un día más; la seguridad de ir contra la Historia, que ha buscado siempre su exterminio. El verdadero problema real (y fantasmático) para Israel —y para los judíos de todo lugar— sigue siendo el insuperable trauma de su seguridad, la obsesión por su futura existencia. Y por mucho que eso en Europa parezca una mera excusa de la política expansionista y supremacista del gobierno de Israel, en realidad es la óptica adecuada para afrontar cualquier negociación futura. Y esa seguridad es la que está detrás del miedo al antisemitismo, la que genera nuevamente invisibilidad o diáspora en las comunidades judías en Europa (y en España también). Se comparta o no, la seguridad no es tema menor ni impostado, sino el talón de Aquiles de Israel. Un amigo palestino me dijo una vez que, en este asunto, la clave era el tiempo: «los musulmanes —me dijo— somos más y tenemos muchos siglos por delante, podemos esperar. Algún día barreremos a los judíos de la faz de la Tierra». Otro amigo judío que estaba presente le contestó: «Nosotros somos infinitamente menos y llevamos muchos siglos por detrás, pero nos resistiremos a ser barridos, ya sabemos cómo hacerlo».